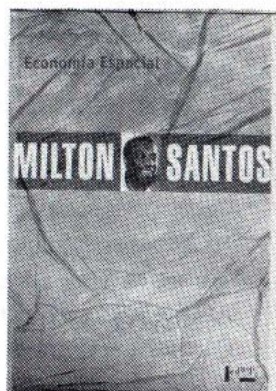


Milton Santos

Economía espacial: críticas e alternativas
Economía espacial. Críticas y alternativas
Edusp. Editora da Universidade de São Paulo,
2ª edição, São Paulo-Brasil, 2003



Publicados en 1979 en Brasil como un conjunto, estos ensayos fueron redactados por Milton Santos en países diferentes entre 1970 y 1977. Actualmente, *Economía Espacial: Críticas y Alternativas* aparece como el tercer libro de las *Obras Completas* del Autor, proyecto editorial de la Edusp.

Existe, ciertamente, una preocupación que subyace en esos escritos y les confiere una unidad: el esfuerzo de formular una teoría del espacio. Aún cuando las ciencias sociales desechaban, cada día más, la inspiración advenida de la filosofía para subordinarse a la economía, si los medios prestigiosos de difusión ignoraban las propuestas críticas tanto como la administración pública, más y más ávida de herramientas para la planificación, las reflexiones del Autor señalarán, ciertamente, el nacimiento y la profundización de las geografías críticas, radicales, marxistas de la década de los setenta.

Las evidencias empíricas de un mundo de velocidades diferentes eran visibles y, con ellas, surgía un abanico de

denominaciones para llamar la atención sobre la existencia de “varios mundos” y, especialmente, de un mundo subdesarrollado, pobre, dependiente.

La internacionalización de la economía y la financierización de los países del Tercer Mundo, gracias a la difusión de un modelo técnico, a la llegada de las empresas transnacionales y a la imposición de un padrón de consumo conducían a la formulación de interpretaciones que, en el espejismo creado por éstas, imaginaban que las bondades del mundo rico se expandirían en el mundo subdesarrollado. No obstante, la realidad era mucho más compleja pues, decía Milton Santos, eran esas mismas teorías las que autorizaban una planificación al servicio del capital transnacional.

Había, en el Autor, una vocación por la superación de un debate adjetivo, un esfuerzo por encontrar los conceptos que, en sistema, permitiesen comprender la totalidad en movimiento, la historia haciéndose y, así, desenmascarar las ideologías del período. Y la primera premisa de esa economía que se tornaba ideología

era ignorar el espacio como instancia de la sociedad, el espacio concreto de los hombres, el espacio de todos, todo el espacio. Con los refinados instrumentos de la cuantificación, el espacio se volvía una abstracción, un producto de cálculos matemáticos, un conjunto de puntos mensurables, una realidad matemática reducida a tiempo y distancia.

Categorías y modelos importados, tantas veces, convergieron para una interpretación ajena a la realidad urbana y rural de los países dependientes, como la recurrente asociación entre urbanización e industrialización – una equivocada analogía entre los dos mundos. Los esfuerzos de la planificación por crear un territorio bien dotado, fluido y viable en los países del Tercer Mundo se ampararon en diversas disciplinas como la economía política, la ciencia regional, la geografía y la planificación, con un papel activo en la consecución de una verdadera opción política, la de multiplicar la pobreza. Impulsora de la “intromisión rápida y brutal del capital”, la planificación es creadora de subdesarrollo y de pobreza, tal como este “investigador insolente” – es así como él se autodenomina – dirá en su primer ensayo.

Agrávanse el atraso y las disparidades sociales particularmente a partir de la imposición de un modelo de consumo americano, que significa, al mismo tiempo, un modelo de producción, haciendo más pobre a la nación, pues aunque los valores absolutos del ingreso puedan aumentar, crecen el desamparo social producido por el poder público y la dependencia tecnológica, organizacional y

financiera de la producción considerada moderna. “La fe ciega en tasas de crecimiento” es la razón política suficiente para la realización de grandes proyectos, posibles en virtud de voluminosos préstamos. En consecuencia, el endeudamiento se vuelve –y lo será hasta hoy– una forma omnipresente de distorsión de la economía y del territorio, pues todos los demás deseos y realidades deberán subordinarse a la deuda, que pasa a ser el eje de la vida nacional.

Una economía despojada de los hombres, una ciencia regional sin espacio son causas y consecuencias de una teoría del espacio al servicio del capital. La planificación volvió ejecutable la ciencia regional, cuyo propósito era diseminar el capital en varias regiones, donde la naturaleza era mirada como responsable de la desigualdad socioespacial. Percibido como sinónimo de naturaleza y de su desigual distribución de los recursos, el espacio debía ser modificado, producido, organizado como un espacio económico, equivalente al espacio de las empresas. La monetarización, la extroversión y la concentración urbana, manifestaciones de la concentración acumulativa, fueron reforzadas por cierta planificación cuyos cimientos eran la teoría de los lugares centrales y la teoría de los polos de crecimiento. Era, pues, “natural” que las economías regionales se desintegraran, mientras la economía abstracta era portavoz de la apología del capitalismo.

En ese contexto, el principio renovador de la geografía era, para el Autor, entender el espacio como reino de todos los hombres y no como campo de ejercicio

del capitalismo. Era imprescindible un abordaje sustantivo de la especificidad del espacio de los países pobres y, sobre todo, no planificar más para el capital y sí para la sociedad como un todo.

En el segundo capítulo del libro la discusión central es sobre la necesidad de introducir el tiempo en la geografía. Antigua tradición de la disciplina, los estudios de propagación, ora de razas, lenguajes y religiones, ora de plantas y animales, fueron retomados por geógrafos como Ratzel y Sauer para, ya en la segunda mitad del siglo XX, volverse sistemáticos con la teoría de la difusión de innovaciones de Hägerstrand y la escuela de Lünd. La elaboración de modelos iría constituirse una actividad frecuente de esa vertiente difusionista. De ese modo, los trabajos sobre localización, tan preciados por la ciencia regional, por la economía geográfica y por la misma geografía, se asociaron a la vocación modernizante del Estado y a las acciones de las propias empresas. Es la producción de una cierta planificación urbana y regional y de una teoría al servicio de los negocios. Áreas de venta y superficies de resistencia a los productos se vuelven objetos de esa geografía mercantilista que se vale de la teoría de la difusión de innovaciones para asegurar el suceso de la novedad. Cuando dice que “no avanzamos nada aprendiendo que una innovación se difunde”, Milton Santos alerta sobre la necesidad de comprender los contenidos materiales y políticos del espacio de todos, esto es, las autorizaciones y posibilidades de cada momento histórico en cada lugar. Discutiendo con

autores como Mabogunje, Eisenstadt y Celso Furtado, él vincula la difusión de innovaciones a la modernización y ésta con el subdesarrollo. El retrato es un crecimiento dependiente, una modernización “forzada”.

Criticando las analogías de la teoría general de la difusión con las leyes de las ciencias naturales, el Autor alerta sobre el olvido de las estructuras sociales, pues son éstas que impiden la generalización de las innovaciones en todo el espacio periférico. No se introduce el tiempo concreto de los lugares como variable central de análisis, sino un tiempo simulado, una modelización del tiempo sobre intervalos, una subdivisión del tiempo según años, un tratamiento estadístico, vaciado de la historia real. El tiempo, que es proceso, es reducido a una forma y ésta es susceptible de ser erigida como modelo.

En el capítulo “La periferia está en el polo: el caso de Lima, Perú”, Milton Santos hará, al mismo tiempo, una crítica a los modelos espaciales en boga y un análisis de la capital peruana de los años setenta. Formulaciones como *ranksize* y primacía –ejercicios estadísticos– fueron utilizadas como teorías y, así, aplicadas obligatoriamente al Tercer Mundo. De allí su falta de fuerza explicativa.

Considerada como tendencia irreversible o como fase del proceso de crecimiento, la macrocefalia fue, una vez detectada, elevada al *status* de absoluto para explicar las “anormalidades” de los países pobres. La forma fue escogida y el proceso, olvidado y, con este, las especificidades del espacio en el Tercer Mundo,

como la imposición sucesiva y violenta de nuevas divisiones territoriales del trabajo.

Heredera de la noción de primacía y propuesta originariamente por Friedmann, la idea de polo-periferia fue abusivamente aplicada a las relaciones internas de un país y, en consecuencia, asociada a la macrocefalia. La ciudad primacial de un país macrocéfalo es mostrada como un subsistema autónomo del exterior y responsable por la concentración de las riquezas regionales. En realidad, la vida de las regiones que constituyen una formación socioespacial del Tercer Mundo es comandada por las demandas específicas de los polos del sistema, propias de una cierta división internacional del trabajo.

La premisa más importante propuesta por el Autor es que la modernización desintegra la economía y la sociedad porque produce un desequilibrio y no crea empleos suficientes. Quien no es abrigado por el circuito superior (sector moderno), encuentra un refugio en el circuito inferior que es, por eso, tan o más dinámico que el circuito superior. Ambos son, por lo tanto, resultado de la modernización impuesta desde afuera. Mientras se desintegran las estructuras en el campo, no hay migración escalonada en la red urbana y, por eso, la macrocefalia continúa creciendo y se agrava por la formación de estructuras monopolísticas. Es así, como un sistema en permanente movimiento, que la ciudad podrá ser comprendida. Ni como parcialidad, ni solamente como forma, sino como totalidad y proceso. Esa es la alternativa a la economía espacial.

Considerando el espacio solamente como distancia-precio, las teorías espaciales estaban lejos de representar una ciudad compleja, donde coexisten técnicas y mercados. El mercado de los más pobres se vuelve, al mismo tiempo, lugar de la supervivencia y, de cierto modo, regulador de los demás mercados. No se trata, entonces, de marginalidad, sino de un circuito integrado y menos capitalizado, con menor grado de organización, con mercados menos aglomerantes, que ocupa los intersticios, cada vez más largos y profundos de la economía moderna.

En el ensayo “Una revisión de la teoría de los lugares centrales”, se refuerza la idea de que las variables modernas no se difunden homogéneamente, pues en los países subdesarrollados es la localización que determina las capacidades de producir y consumir. No existe, por lo tanto, una única área de mercado de la ciudad como pretende la teoría de los lugares centrales, cuyo partido de método es identificar el sector moderno con la economía urbana. Confusión o ideología, esa premisa impide, en opinión del Autor, la formulación de una teoría de la urbanización, pues toda ciudad del Tercer Mundo es formada por dos circuitos, cada uno con un área de mercado de volumen diferente. Las actividades de pequeña escala, cuyos actores son los pobres, tienen relaciones privilegiadas con su región.

La asociación entre economía urbana y sector moderno permitió la elaboración de una teoría espacial acrítica, en la cual los ejemplos que buscaban fortalecerla no faltaban. Para un producto o servi-

cio sofisticado de la economía moderna, podemos diseñar geométricamente un área de mercado como sinónimo de área de influencia de la ciudad y por lo tanto, producir una teoría urbana. No obstante, esa visión enmascara que la ciudad del Tercer Mundo es formada, especialmente, de pobres, de un circuito inferior, cuya “área de influencia” es la propia ciudad grande. Es ésta la que acaba siendo atrayente para los pobres del país entero, pues en ella quien no es moderno también encuentra su lugar. La macrocefalia aumenta no solamente por la concentración de riqueza sino, sobre todo, de pobreza...

Por otra parte, pensar las actividades monopolistas del capital transnacional como si fuesen la totalidad de la economía urbana conduce, también, a imaginar que la difusión se da por ondas y no por puntos. Quien demanda productos y servicios sofisticados es solamente una pequeña parcela de los actores en el territorio, es decir, aquellas actividades de la propia empresa transnacional o las divisiones territoriales del trabajo subordinadas a la corporación. Por eso, dice Milton Santos, la difusión de innovaciones es por puntos y no por ondas.

Analizando el funcionamiento del espacio en el mundo pobre, el Autor busca mostrar, en el capítulo “Espacio y dominación: un abordaje marxista”, las limitaciones e ideologías de una planificación regional oficial, cuyas visiones reduccionistas apelan a la relocalización del capital. No obstante no se trata de “dominación” de un espacio sobre otro al modo de la “ciudad que explora el

campo”, aquellos espacialismos albo de pertinentes críticas en las geografías radicales, sino de entender que “el excedente es antes que nada un flujo” y, por lo tanto, es en la ciudad –en su aparato bancario, para-bancario, comercial, administrativo– que los mecanismos capitalistas se realizan. La urbanización resulta de esto y alimenta el proceso. Y el lugar, por la cantidad y calidad de su capital fijo adormecido y de su capital vivo, da valor a los nuevos objetos y a las nuevas actividades.

El famoso crecimiento del Estado, tantas veces repetido y condenado, era también una demanda del capital monopolista, es decir, la necesidad de contar con una estructura burocrática, amplia y densa, que acelere el proceso de producción del excedente. El poder público, en un comportamiento “normal”, concede recursos a las regiones donde el capital ya se acumulaba rápidamente. No importa si ese excedente, que en el sistema capitalista toma forma de lucro y por lo tanto no puede ser redistribuido, abandona la región, si antes aumenta las estadísticas de crecimiento y del producto nacional bruto. Son los resultados exigidos a la planificación.

En “Polos de crecimiento y justicia social”, Milton Santos alerta sobre el peso que el concepto de espacio tiene en la naturaleza de la política. Construcciones teóricas y esfuerzos de planificación orientados para el espacio económico, para el espacio topológico de las empresas, como la familia de ideas en torno a la teoría de los polos de crecimiento, basadas en el uso de matrices de insumo-pro-

ducto y otros cálculos abstractos, abandonan la definición de espacio concreto o geográfico, el espacio de todos. Así, partiendo de los procesos históricos propios del Tercer Mundo que revelan el comando de intereses distantes y la selectividad espacial de las fuerzas de la modernización, el Autor propone entender que la ciudad es formada no solamente por el sector moderno (circuito superior), sino también por un circuito inferior, que no es un freno a la modernización como pretende la teoría de los polos, sino su resultado y, además, por un circuito superior marginal, nacido, sobre todo, en función de la relevancia que adquiere la circulación. Muchas veces próximo del circuito superior por la funcionalidad de su trabajo, el circuito superior marginal se enlaza con el circuito inferior por el comportamiento de sus actores.

En el último ensayo “La totalidad del diablo: cómo las formas geográficas difunden el capital y cambian las estructuras sociales” el Autor llama la atención hacia otra vertiente de la crítica a la economía espacial. El extraordinario crecimiento del capital fijo, revelado por el aumento del tamaño de los objetos, se fundamenta en proyectos de planeamiento aparentemente aislados, aunque orientados a acelerar la modernización capitalista. El papel de las formas no puede ser menospreciado. Las formas tienen un poder que invita a una acción sobre el mundo rural, como la modernización de la agricultura, y sobre el medio urbano, como el papel del capital especulativo en la renovación urbana. Esa totalidad material preexistente, que

condiciona la acción en el presente, es lo que llama totalidad del diablo y no podrá estar ausente del análisis y de la política.

Tres décadas después, la esencia de ese pensamiento permanece actual, aunque las transformaciones del mundo, con la globalización aparentemente sin freno, hayan conducido a formas más sutiles, nuevas y renovadas de una planificación pública al servicio del capital y de una creciente planificación corporativa, ambas frecuentemente enclavadas en una vocación fragmentaria y utilitaria de la economía, de las ciencias sociales y de ciertas geografías, con la subordinación del hombre al juego aritmético de la macroeconomía. Son, pues, sus reflexiones contemporáneas, desarrolladas en su más plena forma analítica en la obra *La naturaleza del espacio* y ofrecidas en una bella síntesis en *Por uma outra globalização*, libro en el cual vemos al intelectual preocupado en la búsqueda de palabras precisas y simples para comunicar su sistema de ideas a un público más amplio

Maria Laura Silveira
Universidade de São Paulo (Brasil).
Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências
Humanas, Departamento de Geografia,
Investigadora del CNPq
(Conselho Nacional de Desenvolvimento
Científico e Tecnológico).
E-mail: laurasil@usp.br